

LA MADRE Y EL NIÑO

R

REVISTA DE HIGIENE Y EDUCACION

DIRECTOR FUNDADOR

DOCTOR MANUEL DE TOLOSA LATOUR

MÉDICO DEL HOSPITAL DEL NIÑO JESUS, etc.

AÑO 1883. — TOMO I



MADRID

DIRECCION

Calle de Atocha, núm. 96, segundo derecha.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle del Lobo, núm. 22, segundo izquierda.



SUMARIO.

Propósitos y esperanzas.....	La Redaccion.
Errores populares.—Teta y Gloria.....	Dr. Benavente.
La Madre.—Carta á una contemporánea.	
Capítulo I.....	Dr. Tolosa Latour.
A mis hijos.—Amor maternal.....	Dr. Alonso Rubio.
Cantares.....	Teodoro Guererro.
Preceptos de la Ciencia	
La educacion del niño.....	Dr. Martinez Molina.
Como se educan las niñas.....	Dr. Rodriguez Rubí.
Decálogo de la Madre.	
Una diversion nociva.	
Junto á la Cuna.	
Los niños enfermos.....	Dr. Calatraveño.
El Rostro del niño.	
El baño de la Malibran.....	A. de Pont Martin.
El mayor placer.....	Emilia Pardo Bazán.
Cuadros reales.	
Madres y niños. En Marruecos.....	Dr. Felipe Ovilo.
Beneficencia.	
La infancia desvalida en Madrid....	
Noche-Buena.....	Ventura R. Aguilera.
Velasco.—Recuerdos.....	Manuel Tolosa.
Ecos infantiles.....	
Pensamientos y frases.....	
Dichos y hechos.....	

PROPÓSITOS Y ESPERANZAS.

Es tradicional la costumbre de exponer en concisos términos el fin que se propone un periódico al aparecer al público.

La presente *Revista* ya expresa prácticamente por medio de las personas que la redactan, sus nobles fines y sus desinteresados propósitos.

El programa que sirve de enseña á los trabajos que han de ocuparnos en lo sucesivo, es harto expresivo para que lo desmenucemos prolijamente.

Si **LA MADRE Y EL NIÑO** merecen buena acogida, á pesar de lo vulgarísimo y sencillo de su nombre, no tardará mucho tiempo en verse completamente desarrollados en sus páginas los puntos más culminantes que abraza aquel por cuantos medios sea dable, hacerlo.

No pretendemos repetir la frase consabida de que venimos á *llenar un vacío*, éste es tan grande que serán precisos los esfuerzos de muchas buenas almas y de multitud de gentes de buena voluntad para ayudar á colmarlo en parte.

El mal parecia irremediable poco tiempo há. Habia muchos amantes de la infancia, y no pocas personas dispuestas á seguir los preceptos de la ciencia obedeciendo los impulsos de su corazon, protegiendo los niños desvalidos en el hogar, en los asilos ó en las calles, instruyendo la mujer ignorante, amparando la madre abandonada, socorriendo la infeliz que al perecer de miseria, veia con inauditos sufrimientos morir el fruto de sus entrañas... en una palabra, ejerciendo el más hermoso de los apostolados, todos palpaban

los deplorables efectos de las preocupaciones, las perniciosas prácticas domésticas, las infinitas causas de mortalidad de los niños... pero poco ó nada se hacia en favor de la sociedad de nuestros días, cuyo vigor futuro y cuya salud moral dependen de la educacion, de la instruccion y la crianza de los pequeñuelos.

Hoy, por fortuna, todo va cambiando, la indiferencia de los más, se metamorfosea en simpático interés, dominando á los menos por los estudios y problemas que hoy ocupan y preocupan á la inmensa mayoría; se advierte doquiera una bienhechora emulacion de escelentes propósitos y buenas obras, siendo de esperar prósperos y felices días para la familia española, si se persiguen con alguna constancia tan bellos ideales.

Solo de este modo se llegará á elevar el nivel de nuestra patria, que con general regocijo de propios y no escaso asombro de extraños se eleva de día en día.

Sin impaciencias de ningun género, sin ofertas pomposas, ni rebuscados atractivos presentamos nuestra labor científica y literaria á los padres y á cuantos se interesen por los niños.

No se trata de una novedad pasajera, ni de una agradable inutilidad, ni de ninguno de esos mil periódicos que nacen con preciosísimas formas á manera de objeto de moda; el fondo de doctrina que contengan estas columnas ha de ser sensato, juicioso y duradero.

Por esta causa cuidando mucho de la confeccion intrínseca, no se han trazado otros adornos que los que modestamente podia ostentar, ni hecho otra cosa que escoger con cuidado la semilla que ha de sembrarse.

Inspirados en los más sanos preceptos de la moral y en los más recatados pudores de la ciencia, esta *Revista* podrá y deberá ser leida por toda clase de personas sin temor á encontrar la frase más insignificante que contrarie la mirada más pudorosa, ni términos técnicos que sean disonantes al oído más profano y delicado.

Con todo lo dicho se comprende que ilustrará deleitando, corregirá instruyendo, defenderá demandando y combatirá conmoviendo, tomando por norma las santas máximas del Evangelio, ese eterno código, con el cual se ama, se enseña, se cree y se perdona,

on un corazon siempre noble, constantemente generoso.

Hé aquí nuestros propósitos. ¡Dios quiera que en el plazo más breve posible veamos realizadas, siquiera en parte, nuestras esperanzas!

LA REDACCION.

ERRORES POPULARES.

TETA Y GLORIA

El epígrafe de este artículo, que tal vez excite la hilaridad de algunos lectores, es una sentencia de muerte, á todas luces injusta, pronunciada por la estupidez y la barbarie contra inocentes y desvalidos niños; es la absoluta negacion de los agentes terapéuticos en todas énuantas enfermedades pueden sufrir los tiernos infantes en los primeros meses de su vida, durante el período de la lactancia.

En la mayor parte de las poblaciones rurales, habitadas por gente sin instruccion y de sensibilidad más ó ménos obtusa, donde los errores y las preocupaciones se arraigan como las malezas en las tierras sin cultivo, se abandona á los niños enfermos á la más completa espectacion, circulando de boca en boca aquellas fatídicas palabras; y cuando sucumben algunos que el arte pudiera haber salvado, oyese decir con estóica impassibilidad y para consuelo de los padres:—*¡Angelitos al cielo!*

El siguiente hecho probará que no hay exageracion en este preámbulo.

En el verano de 1850, pocos meses después de haber tomado posesion de la plaza de médico, en Villarejo de Salvanes, se presentó en mi despacho una pobre mujer, vecina de aquel pueblo, exigiéndome la certificacion de defuncion de un niño, hijo suyo, que habia fallecido sin asistencia médica.

Al ver la serenidad y la frescura de aquella madre que pedia el documento necesario para enterrar á su hijo, llegué á sospechar si éste habria sido víctima de algun atentado ó de imprudencia temeraria, ó de descuido, y bajo esta amarga impresion, dije indignado á la pobre mujer:—«No puedo ni quiero darle á V. la certificacion que me pide, porque no me consta cómo, ni cuando, ni de qué ha muerto su hijo. ¿Por qué no ha traído usted el niño á casa, ó por qué no me ha llamado para que fuera á verle? ¿Se ha muerto de repente, ó ha estado mucho tiempo enfermo?»

—«Como el niño no tenia más que tres meses,

me contestó, y por acá se dice que cuando los hijos maman no necesitan más que *teta y gloria*, parecióme escusado avisarle á V. para que le viera y no le mandase nada.»

Fuí á reconocer el cadáver ántes de dar la certificación, que no podia negar, por no haber en el pueblo más facultativo que yo, y me convencí de que aquel pobre niño habia fallecido de enterocolitis crónica, segun el aspecto de su hábito exterior y el cuadro de síntomas que la madre habia observado durante la enfermedad de su hijo.

Pronto se divulgó por el pueblo la noticia de este suceso, y pocos dias despues se presentó en mi casa otra mujer con un niño enfermo, diciéndome con estúpida sonrisa:

—«Vengo á que vea V. á este chiquillo, no para que le recete V. nada, sino para que no diga V. luego, si se me muere, que no quiere usted darme *el papel* por no haberle visto ántes, como le ha dicho V. á la tia Eusebia, la del barrio bajo.»

Excuso decir cuánto me molestaban y me sorprendian las insólitas é inesperadas frases de aquellas rústicas mujeres. Doliéndome y lamentándome de ello en presencia del cura párroco y otras dos personas notables del pueblo, supe con no ménos asombro, que, en concepto de aquella gente, los niños de pecho no padecian más que tres enfermedades de importancia, *la baba, el asiento y el mal de ojo*, cuya curacion se confiaba á tres viejas especialistas que habian adquirido y poseían por derecho hereditario la gracia y el privilegio de explotar á los tontos, habiendo contribuido al fomento de tan absurda creencia un antiguo cirujano, que por huir de las escabrosidades de la patología infantil y librarse de las naturales exigencias de las madres, decia en tono enfático, al ver en su presencia un niño enfermo:—«*Teta y gloria*, hija mia; nada más que *teta y gloria*.»

Por esto y porque realmente solian curarse sin los auxilios de la ciencia muchos niños enfermos, solo acudían al médico cuando se agravaban ó no tenian ya remedio, ó despues de haber fallecido, para que se extendiera la correspondiente certificación.

—No es extraño—le dije al señor cura—que estas pobres é ignorantes mujeres, confiando más en Dios que en los recursos del arte, caigan en ese punible fatalismo y manifiesten tan poco celo por la salud de sus hijos; pero no comprendo cómo se resignan con su desgracia presentándose con ademan resuelto, impasibles, sin derramar una lágrima, á recoger el certificado de defuncion en casa del médico. ¡Animales hay que revelan más sentimientos por la pérdida de sus hijos! Aquella

cigüeña que al ver incendiada la iglesia en cuya torre tenia su nido, volaba azorada al rededor de sus pollos, dando lastimeros graznidos, como diciéndoles:—*¡Huid, huid!* Y cuando vió que el voraz elemento los alcanzaba y no habia salvacion posible, se arrojó resueltamente en el nido y cubriendo á sus hijos con las alas, murió abrasada con ellos; es el ejemplo más elocuente de abnegacion y de heroísmo que puede dar una madre, sacrificándose por defender á sus hijos (1).

No era humanamente posible ni justo exigir tanto de aquellas pobres mujeres; pero el señor cura párroco, por medio de pláticas dirigidas desde el altar mayor, en los dias de misa de precepto, logró convencer á sus oyentes del error en que vivian, inculcando á las madres el deber y la obligacion que tenian de velar por la salud de sus hijos en todo tiempo, amándolos como á si mismas, como deben amarse los cristianos.

Desde entonces dejó de oirse en el pueblo el inhumano aforismo *teta y gloria*, que condenaba á los niños de pecho á la absoluta espectacion en todas sus dolencias; borrarónse de la patología vulgar dos importantes enfermedades: el *asiento colado* y el *mal de ojo*; quedaron jubiladas por viejas y por falta de trabajo las profesoras especialistas encargadas de la curacion de estos males, y se trataron y curaron algunos niños de pecho con la sencillez terapéutica correspondiente á su edad, combatiendo y corrigiendo á la vez las perniciosas costumbres y las prácticas rutinarias de sus negligentes madres.

Ahora bien, si apelando al sentimiento religioso de gente rústica y mal dispuesta para desechar el error, un modesto cura párroco obtuvo con sus piadosas amonestaciones tan rápida y tan completa trasformacion en las costumbres de sus feligreses; ¿qué resultados no ha de alcanzar este periódico y qué beneficios no han de reportar las familias, leyendo como leerán en sus páginas la más sana doctrina y los más útiles consejos para conservar la salud de los dos seres más apreciables y más simpáticos de la humanidad: LA MADRE Y EL NIÑO?

Cierto es que esta REVISTA no ha de encontrar entre sus lectores persona alguna con la rudeza de sentimientos y las absurdas creencias de las rústicas aldeanas; pero como por desgracia existen todavía entre la gente culta raras y añejas preocupaciones, por ejemplo, la de los dias aciagos y la del número 13, á pesar de la razonada critica que para desvanecerlas empleó el R. P. Feijóo, hace más de un siglo; habrá que insistir y que

(1) Este hecho se cita en una leyenda alemana.

luchar con tenacidad, no para desterrar estas ofensivas supersticiones, sino para conseguir y disipar las viciosas costumbres, las modas perjudiciales y las perniciosas rutinas, tanto en el estado fisiológico como en el patológico, procurando demostrar al bello sexo que la negligencia y los desdenes en el cumplimiento de los preceptos higiénicos son mucho más aciagos que los mártires, y más temibles que el número 13, y que no se puede andar sin peligro por este valle de lágrimas llevando el peso de las preocupaciones y los errores en la cabeza.

DR. BENAVENTE.

LA MADRE.

CARTA Á UNA CONTEMPORÁNEA.

Simpática amiga: La curiosidad, tú inseparable compañera, te ha conducido hasta los umbrales de mi librería. He oído tus sonrientes gorgeos y me apresuro á salirte al paso, detenerte un instante, invitándote á que pases tus miradas por las páginas siguientes como el más atildado comerciante que señala la puerta de su tienda donde se lee el consabido rótulo: ENTRADA LIBRE.

No pienso encomiarte las *novedades* que contiene, pues poco ducho en el arte de bien decir, que en literatura como en industria, según parece, es sinónima de bien engañar, nunca supe hacer otra cosa que exponer lisa y llanamente la verdad tal como la concebía ó como la aprendí.

Si alguna vez pensaste seriamente en la vida, meditaste en la misión que estás llamada á cumplir dentro de tu propia esfera de acción, si la existencia frívola á que os condenamos impregnó en tu ánimo algún amargo dejo, lee sin temor las líneas que siguen pues en ellas has de encontrar á través de la tosca urdimbre de mi desaliñado estilo un espíritu progresivo, noble y valiente, como se halla detrás de humilde empalizada un frondoso vergel donde abunda lo fructuoso y lo útil.

Y dígete esto, porque nada de lo que constituye la esencia de este libro me pertenece; su origen lo revela el título. *La Madre...* esa mujer siempre diferente pero siempre sublime para todos... la madre de mi alma, ¿á qué no decir lo que el corazón dicta? me ha movido á tomar la pluma, y cientos de autores animados de impulsos semejantes al que me mueven á escribir, me han inspirado los borrones que doy á la estampa.

Es pues vivero de ideas todo lo que sigue, por lo tanto cuanto se dice es nuevo, pues como pensaba juiciosamente una ilustre escritora al ocuparse de una propaganda parecida á la que he emprendido «no se siembra el grano que cae sobre la roca, no se da á luz un escrito el día en que se imprime, sino aquel en que se comprende.»

Hasta hoy roca y roca viva, dura, impenetrable, ha recogido el grano derramado pródigamente por ma-

nos más espertas que las mías; si este llegara á fructificar, benditos sean los esfuerzos de los humildes y oscuros labradores y bien haya el fértil terreno que lo acogió en su seno.

La indiferencia, la falta de convicción, os rodean con triples círculos de hielo; vivís rodeadas de supersticiones de todo género en un siglo como el nuestro, de duda y transición. ¿Que mucho que desorientadas elijais, casi siempre, el camino que ha de labrar vuestra desdicha!

Nosotros tenemos gran parte en vuestros males, pero ¡ay! que vosotras ni os sabeis precaver de ellos, ni curarlos, y de estas mútuas desventuras surge esa falta de vigor en los sentimientos, esa escasez de energía en el pensar que caracteriza de un modo genérico la gente contemporánea.

La vida es algo más que una estéril y sangrienta lucha, es un eterno laborar entre dolores y alegrías, en provecho de un porvenir preñado de esperanzas, y después de un pasado abundoso en desencantos.

Laboremos, pues, es decir, no perdamos las preciosas horas del presente. Cuanto mayor sea nuestro trabajo, mayor será nuestra vida en los severos fallos de la historia; esa historia que no se escribe en bronce, ni en mármoles, ni en falsas crónicas, sino que desentierra pueblos y civilización á la eterna luz de las ideas que dejaron en pos de sí...

Advierto, con cierto desconsuelo, que frunces tus cejas y temes ver algo apocalíptico tras mis frases. Desecha el miedo, sigue leyendo, si tienes valor para ello, y reflexiona un poco después, si tuvieras tiempo, buen deseo y estuvieras conforme con tu contemporáneo y verdadero amigo,

EL AUTOR.

Post-Scriptum para el Lector.

Si piensas que la verdad es patrimonio de todos y que descubrirla, honrarla y difundirla es el deber de todos, ayúdame.

Si no crees en la mujer, ni la concedes la incuestionable soberanía del hogar, no sigas adelante.

VALE.

CAPITULO PRIMERO.

LA MADRE Á TRAVÉS DE LOS TIEMPOS.

El género humano, contéplesele desde donde se quiera, ora á través de la espesa bruma de los siglos, ora en el diáfano escenario de la edad presente, en el que la luz hace más visibles perdurables negruras, se divisa siempre una mujer y un niño y en derredor el hombre, escarvando la tierra, elevando habitaciones de todo género, sosteniendo luchas titánicas, emigrando, inventando ó simplemente vejando, camino de una perfección más ó menos próxima, siempre preocupado é inquieto más que por su suerte por la de su raza.

Sagrado instinto es este que la naturaleza ha impreso en el corazón humano, origen de todo progreso dentro de nuestra especie, fuente de todos nuestros más nobles sentimientos, y en virtud de los cuales, por una serie de sucesivas evoluciones, la familia ha llegado al estado en que hoy la observamos.

La Madre en los pueblos salvajes y primitivos no tuvo jamás ese carácter respetable que hoy ostenta. Léanse las páginas de la historia, registrense las narraciones de viajeros, y la mujer aparece como un ser inferior, como una *cosa*, falta de iniciativa, de responsabilidad, de cariño.

El hombre vigoroso, atrevido, batallador, vive en lucha constante y lleva a la cabaña el alimento y defendiendo la prole por egoísmo unas veces, por un instintivo amor otras, siempre dominado por la ley fatal que le obliga a ganar el sustento a costa de su propio descanso, y gozar de las delicias de la paz derramando sangre.

Unese a otros para formar tribus, créanse imperfectamente vínculos sociales cuya base es la propiedad de lo que cree suyo y sobre lo cual considérase con derechos incontestables. De esa suerte la Madre vé con dolor que la arrebatan su hijo a viva fuerza y empieza a olvidarla al tener concepto de su personalidad y conciencia de su poder.

La hija es la que sigue a su lado, menospreciada como ella, como ella expuesta a las tiranías del señor ó a las brutalidades de los vencedores.

Esta cruelísima dominación que se advierte con pena al considerar la familia en los tiempos pasados y que se vé reproducida en numerosas ocasiones y en no pocos pueblos, desaparece casi por completo en los momentos actuales.

No siempre la esclavitud dominó entonces la mujer, hubo momentos en que ésta, logró con una energía moral potentísima, sacudir la opresión, reinar como señora absoluta, gracias a su poder y talento. Ejemplos tiene la historia que lo revelan, y cuenta que no citamos aquellas desgraciadas que transcurridos los pasajeros reinados de sus encantos, y sus locas y espantables dinastías, sumieron naciones enteras en las más tristes servidumbres.

Nos referimos a esas respetadas matronas resplandecientes de virtud, madres de géneos vigorosos y nobles, así como a esos seres extraordinarios ante quienes las gentes se han inclinado asombradas.

Ser dotado de tan esquisita sensibilidad que solo puede odiar ó amar hasta la pasión, á estos afectos, debió sus éxitos, sus triunfos, sus desventuras. El amor la redimió, un amor puro, desinteresado, eterno, que rodeó la mujer de una aureola de luz á cuyos fulgores resplandecieron sus mayores bellezas: las bellezas del septimio.

Y el arte antiguo, que solo presentaba la mujer bajo las admirables formas de Venus, y al niño bajo las precoces liviandades de Cupido, amoreillo jugueton que parecia nacer de un beso y una rosa; el arte que dá patente de humana maternidad á una loba, que rodea al adolescente de ninfas y sátiros, que representa con cierta positiva realidad al padre devorando sus propios hijos, revela bien á las claras que carecía de noción exacta de lo que era el amor materno, de lo que debía ser la educación de la juventud, y hasta de los deberes inexcusables y sacratísimos de la paternidad.

Y no se citen los raros ejemplos de madres superiores, cuya intachable vida hizo bajar las impúdicas frentes de las cortesanas y llenó de rubor no pocos rostros de hombres débiles; ellas no pertenecen, por así decirlo, á su generación, son la levadura moral, si se permite la palabra, que hubo de servir para que de aquella corrompida sociedad surgiera el fermento que habia de purificarla y engrandecerla.

No las busqueis en las bacanales, no penseis hallarlas en las termas, y si aparecen en el circo es para morir como mártires, confesando una fé que ha de redimir para siempre su hasta entonces esclavo y miserable sexo.

El Cristianismo cimentó la familia en bases indestructibles, al mostrar á la mujer el amor desinteresado, puro, que es á su corazón lo que el perfume á la flor, la dió el más vigoroso defensor de su débil flaqueza; y al colocar un niño en sus brazos, el más grande de los deleites, la más santa de las misiones.

La humanidad, para adorar la Madre necesitó que un Dios la tuviera y la ensalzara. Y ese Dios, todo bondad, todo amor, todo caridad, vivía en un hogar humilde, santificado por el trabajo y educado por su Madre; reunía en torno suyo inocentes niños, perdonaba á réprobos y pecadores, enseñaba á ignorantes, protegía los desgraciados y moría á la vista de una Virgen que conoció todos los goces y todos los dolores maternos.

Y adviértase que los Sagrados libros asignan la

paternidad de Jesús al mismo Dios, como si de esta suerte se significara hasta qué punto era entonces indigno un hombre de engendrar el Redentor de la humanidad desvariada y pecadora, y como que al mismo Dios placía santificar todas las madres en su Madre propia.

Por eso ellas nos muestran piadosas el cielo, y nos enseñan el perdón de las injurias, y nos inculcan el amor al prójimo; y al darnos la vida nos infunden hondas é imborrables creencias en el corazón, con las que enjugamos muchas de nuestras lágrimas y se amortiguan muchos de nuestros dolores.

En ella nos vemos representados y engrandecidos, á ella acudimos siempre que el sufrimiento nos agobia, y solo á ella evocamos en nuestras agonías, pues la vimos desde que nuestros ojos supieron mirar, y la llamamos cuando nuestros labios silabearon por vez primera, y soñamos con ella al experimentar los primeros latidos de la vida mental, y en fin, la amamos siempre, si, con vigoroso afecto al reclinarnos sobre su pecho, con pasión inextinguible al arrodiarnos sobre su tumba.

El arte que no tiene otra misión que expresar lo más bellamente posible, como siente la humanidad á través de los siglos, y eterniza en el libro, en el lienzo ó en el mármol, tales sentimientos, sean bellos ó no lo sean con envidiable verdad, representaba en plena civilización cristiana la mujer y el niño unidos ya, con las purísimas y poéticas figuras de la Virgen y Jesús. Y simbolizaban la Fecundidad, la Maternidad, la Caridad... como otros tantos grupos en que ponían la infancia bajo cariñosa y natural tutela.

Vése por fin la *Sagrada Familia*, es decir el hogar bendito donde el padre trabaja y la madre cria, educa y ama á un niño con el cuidadoso anhelo con que se acaricia una esperanza.

Desde entonces hasta nuestros días las vicisitudes de los tiempos, las convulsiones de los pueblos, el derumbamiento de imperios, las delirantes corrupciones de estériles almas, no han logrado borrar esos cuadros que hoy contemplamos con singular deleite, advirtiéndose bien claro cuán deplorables horrores ha producido el desconcierto de las figuras en más de una ocasión.

El progreso no es ese, ni la civilización tomará jamás tales senderos que conducen á un abismo sin fondo, á un caos sombrío, No.

De igual suerte que, gracias al Cristianismo, la madre enseñó á sentir á su hijo, la Ciencia la permitirá enseñar á pensar, á aprender y á darse cuenta de que si para ser bueno es preciso conocer el bien y amar la verdad, para ser útil es fuerza desechar el error y amar el saber.

La madre contemporánea no ha de discutir, investigar ni agitarse entre problemas de difícil solución. ¿Para qué? Los sábios han de dárselos resueltos, ellos la mostrarán qué principios son ciertos dentro de la realidad de las cosas, qué conocimientos son indispensables para la práctica de la vida, á fin de que ella con la prudencia que dá la sabiduría modesta y sólida, revele al pequeño los inexcusables principios de la moral, le muestre las vigorosas armas de la lógica y le enseñe las nociones irrecusables de la ciencia, pero sin que este ejercicio sea reglamentario y forzoso ni trascienda á lección obligada, pedantesca, sino que nazca de las mismas escenas y episodios de la vida real.

Y hé aquí que viene otra vez el arte á presentarnos nuevos ejemplos plásticos de lo que hacen en nuestros días madres y niños. Ya aquellas tienen al hijo en el regazo con un libro abierto, en el liban ambos el fecundante polen de la ciencia. Y al estallar las tempestades ó brillar los fenómenos cósmicos, al revisar en ilustraciones y viajes los países explorados por atrevidos investigadores, al leer sencillas narraciones familiares llenas de bellezas y de enseñanzas, al contemplar las maravillas naturales ó al recordar los hechos históricos, la madre instruida no humilla la frente de su hijo en el polvo, sino que le hace alzar la mirada y contemplar mejor á través de tales trastornos una ley suprema que todo lo rige, un Dios que se ama y reverencia y en el cual se cree.

À MIS HIJOS.

AMOR MATERNAL.

El amor es el sentimiento que la naturaleza ha colocado, en primer término, como lazo necesario entre los individuos de una familia, y como vínculo indispensable entre las familias para constituir la sociedad.

Este dulce sentimiento, alma del universo, móvil de acciones heroicas, origen de grandes virtudes y de hechos singularísimos de abnegación, fuego sagrado que da vida al espíritu, crea y fortifica los grandes afectos, sin los que el mundo será una mansión de silencio y de tristeza, á pesar de los mucho que le ha prodigado la Providencia, está distribuido en armonía con nuestro destino en la tierra y con los altos fines de la eterna sabiduría.

Las madres son las que han merecido particular predilección y las que han recibido principalmente ese rico depósito y copioso raudal de dulcísimos afectos. Y no ha sido ciertamente una caprichosa disposición de la casualidad, sino efecto de una admirable prevision que debe combinar los medios con los fines, las aptitudes con las funciones, las facultades con los deberes. La conservación de las especies en el orden de la naturaleza, exigía que el amor de las madres para con su prole, no tuviera límites, é hiciera fáciles y tolerables todas las privaciones y sacrificios que lleva consigo el importantísimo cargo de la maternidad. Las leyes de la naturaleza se han cumplido, y el amor de madre es el amor tipo, sin que nada le iguale en desinterés, en ternura, en abnegación.

Ved, hijos míos, con que solicitud cuida de vosotros en vuestras diferentes edades: en la aurora de la vida, ella os recoge en su regazo, os alimenta con su propia sangre, vela mientras dormís, conduce vuestros primeros pasos cuando empezais á andar, no se acuerda de sí misma, ni de sus necesidades, no vive para la sociedad, vive solo para vosotros, para vuestra existencia, y cree recompensados sus afanes y desvelos, sus cuidados y privaciones, sus molestias y sacrificios con una leve demostración de vuestro cariño, con una dulce sonrisa, candorosa expresión de vuestro reconocimiento.

Vedla en la infancia dirigir vuestra educación, desenvolver vuestra inteligencia, y formar vuestro corazón, depositando en él la fé de sus mayores y la semilla de las buenas doctrinas que ha de germinar despues en vosotros y ser la antorcha que os guíe por el escabroso sendero de la vida.

Vedla en la juventud alentar vuestro ánimo cuando desfallece, consolaros en vuestras aflicciones, enseñaros la resignación en la adversidad, la templanza en los días de ventura, acompañaros en vuestras satisfacciones y en vuestras amarguras, y ser siempre vuestro ángel tutelar, vuestra fiel guardadora, vuestra compañera inseparable, vuestra constante y sincera amiga. Si la enfermedad os postra en cama, ella velará día y noche á vuestro lado, cumplirá con inimitable exactitud las prescripciones de la ciencia y dirigirá al cielo con incesante afán sus plegarias, pidiendo el restablecimiento de vuestra salud.

¿Qué sacrificio por grande que fuese no haria por vosotros? Su vida misma la ofrecería por vuestra conservación, si con tan preciosa ofrenda pudiera cortar una dolorosa catástrofe.

Vedla por último si os asalta un peligro de esos que suelen ocurrir en el curso ordinario de la vida, un incendio, un naufragio, el ataque personal de un enemigo vuestro; y ella os servirá de escudo, ofrecerá su pecho al que intente heriros, y morirá á vuestro lado si así lo ha dispuesto la aciaga suerte. Os he hecho hijos míos, este ligero y desaliñado bosquejo del amor de una madre, para que os persuadais de que tan acendrado cariño, tantas penalidades, tantas y tan grandes privaciones, tanta y tan inimitable abnegación, reclaman de vosotros, profundo reconocimiento, ilimitado respeto, dócil sumisión y sin par cariño.

Faltais á los más sagrados deberes, á la voz de la naturaleza, á la de vuestra razón, reflejo de la razón divina, y á la dignidad de hombres, si no os mostrais siempre en vuestras acciones y palabras hijos agradecidos de la que os dió á luz.

DR. ALONSO Y RUBIO.

À UNA MADRE.

Cantares. (I)

I.

Fuiste al altar, murmurando:
«¡Este es el amor más grande!
¡Todo para él, pues dejo
A mi madre por mi amante!»
Hoy dices, besando á un niño:
«¡No hay amor como el de madre!»

II.

¿Por qué te alejas del mundo
En donde gozabas tanto?...

(I) Escritos para la tercera edición de mis *Cantares de un viejo*.

—No me lo digas. Lo veo:
Tienes un niño en los brazos.

III.

No llores. ¡Dichoso el niño
Pues deja, al tender el vuelo,
En la tierra tu cariño,
Y halla la gloria en el cielo!

TEODORO GUERRERO.

PRECEPTOS DE LA CIENCIA.

LA EDUCACION DEL NIÑO.

Una comparacion trivial es ya la que se hace del hombre en sus primeras edades, con el árbol tierno y flexible, dispuesto á tomar una direccion viciosa si no se le sujeta á un patron recto y vigoroso que le obligue á seguir una direccion ascendente. Aceptando el símil, diremos que si al árbol no se le proporciona el abono, la temperatura y el riego conveniente, ó bien perecerá, esterilizando los esfuerzos hechos para su adquisicion y propagacion, ó bien perjudicará, si crece mal, á los árboles inmediatos, sin dar los frutos sazonados de su especie. Tal es el hombre en los primeros albores de su vida: tierno y débil despues de su nacimiento, necesita todo el apoyo y el alimento que le proporciona la que le dió el sér para no perecer víctima de su debilidad y de su impotencia. Más adelante, y á medida que se desarrollan sus instintos y aspiraciones, necesita una mano amiga y práctica que le enseñe el camino de su felicidad sobre la tierra, ya que por su docilidad el niño se presta á ser guiado y «tiende sus velas, segun la bella expresion de Bossuet, á cualquier viento que le empuje y le conduzca.»

Respecto á la educacion física, si hubiéramos de plantear la cuestion tomándola *ab ovo*, diríamos que deberian someterse á un escrupuloso exámen los cónyuges bajo el punto de vista de su constitucion orgánica y predisposicion á ciertas enfermedades, si es que habríamos de establecer cierta profilaxia á males que despues se hacen rebeldes á todo tratamiento. La higiene pública es la que debe tomar á su cargo esta delicada mision, aconsejando los medios preventivos para asegurar el vigor y robustez de los ciudadanos. Una buena higiene observada por las embarazadas ha de contribuir poderosamente al mismo objeto.

La eleccion de nodrizas ha de ser tambien una cuestion del más alto interés para obtener niños sanos y de constitucion privilegiada. La madre y la nodriza, hé aquí las dos majestades de la cuna,

como las llama Víctor Hugo, complemento ésta de aquella, las cuales han de ser encargadas de proteger y asegurar la débil existencia del niño. ¡Cuánto tacto, cuánto aplomo se necesita para la eleccion de nodriza! Muchos gérmenes de enfermedades, en efecto, se ingieren con el primer alimento.

Hay necesidad de revisar una por una ciertas prácticas viciosas muy admitidas en la culta Europa relativas al alimento y al vestido de los niños. Se han oido con desden y demasiada prevenicion los consejos de Rousseau. Solo un estudio detenido del estado físico del niño, es el que puede ilustrarnos respecto á la naturaleza, procedencia cantidad, calidad y sustitucion del alimento por otro más conforme con sus necesidades, y sólo un estudio, aún somero, de sus funciones, y la necesidad de no poner obstáculos á la libre evolucion de los órganos, ha de ser el criterio que nos guie en la eleccion y aplicacion del vestido. Hasta el lecho en que descansa el tierno infante debe ser objeto de estudio, á fin de armonizarle con las reglas de una buena higiene; y el número de horas destinadas al sueño y á la vigilia, y la habitacion y la policia de su cuerpo y los movimientos pasivos, y hasta el canto monótono y soporífero que los acompaña, merecen un estudio especial, tratándose de la educacion física de las primeras edades.

La cultura intelectual deberá atemperarse al desarrollo del órgano cerebral, y por eso será al principio restrictiva. El niño no debe saber al empezar á dar destellos de inteligencia sino aquellas verdades más fundamentales y sólidas que se deduzcan más inmediatamente de la atenta observacion de los hechos y que le sirvan en adelante para elevarse á más altos conceptos. Nos duele la costumbre de mantener con los niños ciertas conversaciones impropias de su edad, así como el hacerles ciertas preguntas de imposible contestacion, que ponen en tortura su tierno cerebro con detrimento de su organizacion. La adquisicion de conocimientos ha de ser gradual, ordenada, taxativa, y si fuera posible, debe sujetarse á la ordenada seriacion de los estudios académicos.

Solo así podria encauzarse desde los primeros años el pensamiento y adquirir el cerebro hábitos de ordenacion y facilidad mayor para su ejercicio funcional. En primer término, debe favorecerse el desarrollo de las facultades perceptivas, porque éstas son las que abren la escena de la actividad intelectual.

Conformes en esto con los sábios preceptos de Locke, creemos que es necesario hablar antes á los sentidos que al entendimiento, y seguir en lo

posible las indicaciones de la naturaleza: el niño es ávido de impresiones; busca en todo la variedad, la novedad, y cuando no la encuentra en el exterior de los objetos, aguijoneado por la curiosidad, la busca en su interior; al efecto, los descompone ó los rompe si no alcanza el análisis metódico; trata despues de reconstituir lo que ha dividido, y se le ve gozar despues de haber empleado aquel método natural analítico y sintético.

Por lo mismo, la instruccion ha de ser práctica é intuitiva: el niño comprende mejor lo que inspeccionan sus sentidos que lo que se le explica de viva voz ó por el libro; es preciso enriquecer su cerebro con las denominaciones de los objetos más comunes y usuales de la vida, ofreciéndoselos á su vista, ora sea un mineral, una planta, un animal. Si la representacion no puede ser la real, habrá necesidad de valerse del dibujo, del relieve y de cuantos medios sean susceptibles de reproducir fielmente los objetos naturales. La instruccion de los niños ha de darse sin el aparato, severidad ni el rigorismo de una leccion escolar, sino con todo el caracter de un entretenimiento apacible y recreativo. Por eso quisiéramos ver en manos de los niños juguetes instructivos que, á la par que satisfagan su inagotable curiosidad, impresionen agradablemente sus sentidos y aumenten el caudal de sus ideas.

A la Rusia cabe la gloria de haber introducido para la enseñanza de los niños el uso de cuadritos donde se representan serialmente los procedimientos que emplea el hombre para la confeccion de objetos de gran uso en la sociedad, como los que representan los materiales que se emplean para la fabricacion del papel y los cambios que van presentando hasta que se consigue el producto útil; los cuadros del cristal, los del pan, los del algodón, etc.

La geografía, el sistema métrico decimal, la telegrafía, el mecanismo de una máquina de vapor y otros conocimientos, pueden ser comunicados á los niños por medio de modelitos en forma de juguetes que, á la par que los instruyan, los deleiten.

El niño, sin violentar su cerebro, puede adquirir una suma considerable de conocimientos que le dispongan para adquirir otros superiores, como son: el lenguaje patrio, lectura y escritura, principios de moral y religion, rudimentos de aritmética, geometría, geografía, historia, ciencias naturales, dibujo y caligrafía. En esta época primera de la vida, hay, además de la curiosidad y la imitacion, una facultad muy desarrollada, que es la memoria. Es, por consiguiente, la que debe ejercitarse de preferencia, haciendo repetir á los niños trozos escogidos de nuestros más insig-

nes poetas y prosistas, que, á la vez que despierten el buen gusto en el decir, sirvan de lecciones indelebles de moral, de religion y de virtudes sociales.

DR. MARTINEZ MOLINA.

CÓMO SE EDUCAN LAS NIÑAS.

La madre debe ser la amiga íntima de su hija, y conseguir tan capital objeto sin decírselo con la boca, sino alcanzándolo con su conducta. Adquirida la confianza, pondrá á su hija de manifiesto los grandes errores á donde conducen las pasiones cuando rompen el dique que les opone la religion. Con persuasiva palabra y buen ejemplo, inculcará el amor hácia todas las virtudes, el horror á todos los vicios, haciendo ver que la posesion de las primeras nos aparta de los segundos con toda seguridad. Esto, explicado un dia y otro con bondad y paciencia, y siempre al lado de su hija.

Me opongo decididamente á la inconveniente costumbre, hoy admitida, de que las niñas vayan desde los cinco, los seis ó siete años á sumirse, con el carácter de internas, en un colegio, falto muchas veces de las más indispensables condiciones higiénicas en su emplazamiento; en primer lugar, y sin contar con otros graves daños, porque nadie como la madre conoce las aptitudes de su hija, ni nadie como ella posee un tesoro de amor y de paciencia para corregirla; en segundo lugar, porque no es conveniente, bajo ningun concepto, apartar de la madre, la tierna compañera que por completo ocupa sus sentidos. La separacion radical de la madre y de la hija, sobre ser en absoluto inútil para la educacion intelectual de ésta, expone á una y á otra á caer en graves errores, faltas que despues se lloran, pero que ya no se evitan. Conocida la debilidad de nuestra naturaleza, ¿por qué no hemos de apartar los obstáculos que nos impiden llegar á la posesion de las virtudes, en vez de estorbarlo con nuevas dificultades?

Educada la niña en los más severos principios morales y religiosos, la madre indica á la joven, con la diplomacia que le sugiere su ternura, el destino que la aguarda en el mundo, y á este objeto la provee de todos los recursos necesarios para que cumpla fielmente su hermosa mision; para que sea el encanto, el consuelo y la ayuda del hombre, la paz y la felicidad en la familia.

No se vaya á creer por esto que soy de los que opinan que la mujer debe permanecer constantemente encerrada en la casa, no, nada de eso; me

parece que debe salir para mantener sus relaciones sociales dentro de los límites de la buena moral; para cumplir con las atenciones domésticas y con los consejos que la higiene dicta, como creo asimismo que á la hija debe concedérsela en tiempo oportuno una prudente libertad y elegidas amistades, con el objeto de que vaya viendo lo que es el mundo; pero siempre, y sin que ella lo sospeche, bajo la vigilante mirada de los padres. No hemos de olvidar que somos mortales, que acaso podremos dejar á nuestros hijos cuando más nos necesiten; pues bien, pensando en esto, debemos procurar con la mayor diligencia que cuando se rompa la amarra no se estrelle la nave; que cuando falte el piloto, sepa el que queda dirigir el barco por el proceloso mar de la vida.

Educada la mujer en los términos que sólo apunto en breve extracto, será un tesoro de amor y un elemento de prosperidad para el hombre que una su suerte á ella, quien, de seguro, no participará de la opinion de algunos maldicientes escritores y desdichados filósofos.

ANGEL RODRIGUEZ RUBÍ.

DECÁLOGO DE LA MADRE.

Con este título pueden darse á toda mujer los siguientes preceptos:

I. Criarás á tu hijo con la leche de tus pechos, y, á no ser posible, vigilarás atentamente su alimentacion.

II. No le destetarás hasta que tenga dientes, señal de que puede digerir, y aun así no le darás alimentos fuertes.

III. No usarás más medicamentos que los que el médico te ordene, rechazando toda intrusion de comadre.

IV. Tendrás siempre limpio tu hijo, como lo manda la madre ciencia, no abrumándole con ropas, ni desnudándole imprudentemente.

V. No le obligarás á dormir en vano, ni le alimentarás á todo momento.

VI. Le darás diariamente un baño de aire puro y, á ser posible, de agua fresca.

VII. No permitas que escuche ruidos desagradables, le expongas á focos de luz muy fuertes, ni le acostumbres á seguir sus caprichos.

VIII. Le vacunarás sin pretexto alguno.

IX. No obligarás á tu hijo á hacer esfuerzos materiales ni intelectuales que no estén relacionados con sus condiciones físicas ó mentales.

X. Le acostumbrarás á sufrir las penalidades de la vida, á creer en algo y á practicar el lema de *si quieres ser amado, ama*.

UNA DIVERSION NOCIVA.

Hace poco tiempo que se vé en manos de los niños multitud de cuadernitos con láminas en decalcomanía que les sirven de agradable diversion y desesperan al mismo tiempo á muchas madres cuidadosas, que hallan por todas partes la huella de las estampitas pegadas con más ó ménos arte, allá donde aparece una superficie blanca y á propósito segun el pequeño artista: en las hojas del libro favorito, en las tablas, en el mármol del tocador, y hasta en las mismas piezas de la limpia vagilla.

Afortunadamente se puede contrariar los deseos de los pequeños en beneficio de su salud.

La mayoría de estos dibujos presentan colores vivos, amarillo, azul, que tienen por base sustancias venenosas, segun ha tenido ocasion de comprobar el doctor Husson. Como los niños acostumbra á mojar con la lengua las estampitas citadas para calcarlas, y cuando no consiguen su objeto se valen del indicado procedimiento para quitar todas las partículas gelatinosas que quedan en el papel, de aquí sea doblemente perjudicial esta diversion, que puede facilmente desterrarse sustituyéndola por los hermosos albums con cromos que deleitan é instruyen á la vez.

JUNTO Á LA CUNA.

LOS NIÑOS ENFERMOS.

¡Pobrecitos! Con qué ojos tan tristes miran á sus madres, consumidos por la fiebre, torturados por los mil sufrimientos que acompañan á la enfermedad; sobre todo, cuando ésta se ceba en delicados y tiernos organismos, se ven en la dura precision de soportar tormentos mayores, de experimentar un dolor sin nombre, la falta del cuidado maternal. Tendidos sobre el lecho, hundiéndose en él como el cadáver en su caja, apagado el brillo de sus pupilas, marcándose en ellas esa expresion horrible de ansiedad, signo precursor de la muerte, ven llegar á sus madres, que con lágrimas amargas riegan las cubiertas de su cama y besan su pálido rostro, á cuyo suave contacto se extremece de alegría aquel débil cuerpecito que pronto dejará de funcionar, como hiér gue su corola la delicada florecilla que, marchita ya, siente sumergir su tallo en el agua vivificante que ansía.

¡Cuántas veces he presenciado escenas harto horribles! Casos de esta índole dejan siempre largo tiempo honda impresion en mi ánimo; pero nunca tan profunda como si aparecieran siendo sus protagonistas una madre y un niño; y es que yo entiendo que en otra ocasion cualquiera cabe fingimiento y dolo; pero no le admito nunca en la primera; su cariño siempre es verdadero. Y en cuanto al segundo, se encuentra todavía en esa edad en que las borrascas mundanas no han herido su corazón, que solo ha

latido y se ha agitado de placer al sentir el crugido del beso, que como expresion del amor más puro que se conoce, depositaba en sus rosadas mejillas la mujer á quien debe la vida: su Madre.

FERNANDO CALATRAVEÑO.

EL ROSTRO DEL NIÑO.

Es opinion muy extendida entre toda clase de personas, que las enfermedades de los niños no pueden ser tratadas de igual modo que las de los adultos, por la falta de expresion de aquellos.

—«El niño no habla, no señala donde le duele; por lo tanto, ¿cómo es posible curar males cuando no se sabe en qué punto radican?

Esto es lo que casi siempre se dice, sin pensar que es un gran error semejante cosa.»

No porque un idioma nos sea desconocido, hemos de afirmar que es ininteligible.

Las madres deben, pues, aprender la significacion de ese elocuente lenguaje, recogiendo, al mismo tiempo, los datos más necesarios para que el médico pueda cumplir su mision salvadora.

¿Quieren convencerse de ello nuestros lectores? Pues presten atencion.

El niño se cria robusto y sano. Su rostro, recogido como un apretado capullo de rosa, desarrolla sus rasgos fisiognomónicos, como se despliegan las hojas de la flor, adquiriendo la forma que ha de tener más tarde.

Con un placer inexplicable van recordándose los trazos del semblante del padre ó de la madre. La carita adquiere un color blanco sonrosado, los ojos, siguen la luz con inquieta vivacidad, móléanse las mejillas, dibújase el perfil y en la suave curva de los labios se adivina ya el beso. La plácida tranquilidad que se advierte en el pequeño, la libre torpeza de sus movimientos, lo redondeado del cuerpecillo, la misma ternura y suavidad de la piel, indican claramente á la embebida madre, por muy novel que sea, que su hijo está bueno, rebotante de salud y vida. ¡Con qué placer le enseña y obliga á que admiren con suaves caricias la turgente robustez de los muslos, la ancha y sólida contextura del pecho, la bien proporcionada cabeza, sobre la cual se advierte ya una sedosa esperanza de cabellera!

Pero si desgraciadamente, por causas que no es momento oportuno reseñar, vé que la mirada es triste, apagada, soñolienta, que entorna los ojos y se sume en sopores injustificados, y palidecen las mejillas, y se adelgazan los miembros que yacen en desesperante inamovilidad, y un llanto desatemplado le agita de vez en cuando..., entonces

de seguro, aunque todos digan lo contrario, ella, ignorante, pero previsora, señalará un mal próximo y temible.

Esta intuicion es precisamente la que conviene ilustrar, pues en los afectos infantiles las alarmas suelen ser más provechosas que los descuidos.

La menor molestia basta á cambiar la fisonomía del niño, como en un cuadro reciente la menor influencia del exterior borra la fresca huella del pincel. El dolor físico se refleja en el rostro infantil donde las pasiones no han dejado aun sus imperecederas huellas con intensidad y viveza.

La frente no presentará las arrugas que las luchas de la vida dejan en el hombre, á ménos que no existan ciertas lesiones que desfiguren por completo el rostro; pero en lo restante de este se dibujarán las molestias.

Veamos si no. Un recién nacido *llora*, mejor dicho lanza un vagido, pues el llanto es en cierto modo como una sublimacion del dolor de que es incapaz aun el organismo infantil. Antes de ello se contraen y relajan alternativamente todos los músculos de la cara, formando lo que se ha llamado vulgarmente *puchero*. En las cercanías de la nariz y en los ángulos de la boca, se señalan arrugas características, ábrese esta, ciérranse los ojos convulsivamente y el grito estalla, grito que tiene sus variantes que con más despacio hemos de examinar otro día.

Si la molestia es pasajera, como sucede con la brusca impresion que provoca la primera bocanada de aire en sus pulmones, se desvanecerá en seguida; pero si se trata de otro mayor, continuará por algun tiempo, pudiendo advertirse que el labio superior se contrae y se levanta en su mitad, formando algunas arrugas verticales y horizontales, en la base de la nariz, encogiéndose la piel del ángulo externo del ojo; en una palabra, se presentan los propios trazos del dolor.

Es difícil pintar con la pluma lo que tan solo pudiera demostrar la fotografia; pero, sin embargo, basten solo algunos ejemplos para hacer visible la existencia del misterioso lenguaje á que aludíamos.

Hay momentos en que el niño se halla melancólico y no tolera, al ménos por de pronto, la luz, arruga el entrecejo, huye de ella, ¡él, que la ama de costumbre tanto! cambia con rapidez de expresion su fisonomía, sus pupilas se hallan unas veces muy contraídas y otras demasiado dilatadas, rodea su boca un cerco lívido, y en ocasiones se dibuja en sus labios una sonrisa sardónica, moviéndose aquellos como para mamar; cuando duerme, sus ojos se quedan entreabiertos y ocultos bajo el párpado inferior, mueve la cabeza á uno y otro

lado... entónces hay que sospechar se trata de algun trastorno en el sistema nervioso.

Pero en cambio, se advierte la ansiedad más intensa en el rostro del niño; las narices, cuyas alas se dilatan con verdadera angustia, y la boca que se halla abierta, están cercadas de un color amoratado; grita, y su voz es apagada; apénas puede coger el seno, pues se ahoga al hacerlo; viene la tos de vez en cuando á agravar la situación, se oyen estertores... y con todos estos datos, el ménos avisado conoce que se trata de una afección del aparato respiratorio.

Por último (y conste que no hacemos más que presentar ligeros ejemplos), se nota delgadez notable, la cara pálida, demacrada hasta el punto de fórmanse varios surcos que indican diversos trastornos del estómago ó de los intestinos, que no es del caso detallar, frunce la piel de la frente y la que cubre la nariz, adquiriendo un aspecto rugoso, lo cual es señal de cólicos, recoge además las piernecillas sobre el vientre y éste se presenta ya abultado, ya deprimido; todas son señales más que suficientes para afirmar que el mal radica en los órganos digestivos.

Esto probará que el exámen de tales particulares ha de ser muy detenido para ser provechoso, pero al propio tiempo que una vez hecho con cuidado se pueden utilizar preciosos datos para el tratamiento de las enfermedades infantiles, como veremos en artículos sucesivos.

EL BAÑO DE LA MALIBRAN.

Las siete de la mañana serian cuando estaba en la calle de Sevres, en el Hospital de Niños. Hallé las pobres hermanas consternadas. El doctor Jadelot acababa de mandar con urgencia un baño á un niño al que aquejaban espantosas convulsiones, y se resistía con tal violencia, que era evidente que si se le bañaba á la fuerza, la horrible crisis se acentuaría y moriría quizá... ¿Qué hacer?

En aquel momento vi entrar una joven; y ¡cuál no sería mi sorpresa al reconocer á la señorita Malibran! Era ella, sí, no me cabía la menor duda. Se ha dicho que en estas ocasiones se vestía de hermana de la caridad. Ella hubiera considerado este traje como un disfraz, como una profanación. Estaba vestida de negro, y me pareció que su traje se parecía al de las *beatas* españolas de que se habla en las descripciones de Merimeé.

Las hermanas, que parecían estar acostumbradas á su visita, la pusieron al corriente de la situación. Entonces se aproximó al niño, que seguía agitándose, y con voz cariñosa le dijo:

—Hijo mío, si te cantara algo, ¿querías entrar en el baño, que te va á poner bueno?

Cada vez más agitado, el niño no respondió; hubiérase dicho que no había oído. La señorita Malibran

no se dió por vencida; cantó la célebre romanza *Bonheur de se revoir...* y el bolero *Yo, que soy contrabandista*, canción popular de Iradier que realizaba con gracejo y pasión.

Figúrense los lectores el efecto de este canto á media voz entre los muros desnudos de una sala de hospital. Era como una dulce claridad de aurora que se filtrase poco á poco á través de las frias sombras de una noche de invierno.

Las buenas religiosas no habían oído cosa semejante, unían las manos, retenían el aliento, levantaban al cielo los ojos llenos de lágrimas, creyendo quizá que oían uno de esos ángeles que, como dice Lamartine, *¡Dios mismo escucha!*

En cuanto á mí, volví á ser el alucinado de la víspera; me imaginé que me había dormido en el salón de la Sra. de la Boillérie, á los últimos acentos de Semiramis y Arsace, y que continuaba mi sueño.

El niño siguió completamente insensible á este prodigio de arte puesto al servicio de la caridad. Era muy joven para comprenderlo ó sufría mucho para gozar. Cuando las hermanas trataron de aproximarle al baño, se debatió en sus brazos como un demonio, con gritos tan agudos que partían el corazón.—«*¡Vaya se acabó, no es posible, hay que dejarle morir!*» exclamó llorando una de las hermanas.

En este momento la frente de la Señorita Malibran se iluminó con claridad resplandeciente.

Una sonrisa angelical se dibujó en sus labios; tomó una de las ardientes manos del enfermito, y le dijo:

—*Niñito mío, ¿quieres entrar conmigo en el baño?*

Esta vez el niño pareció oírlo; hizo que sí con la cabeza, y calló. Enfermos, estudiantes y enfermeros se separaron de la cama con respetuosa admiración.

Las hermanas rodearon la cantante que entró en el baño y tendió los brazos al niño que no opuso resistencia. Cinco minutos después se durmió tranquilamente sobre el hombro de Desdémona.

Ya supondreis que una hora después espiaba la salida de la Malibran. Me vió, me reconoció y sin permitirme decir una sola palabra que mi emoción quizá me hubiera impedido pronunciar, me dijo refiriéndose al día anterior:

—*Joven, no olvideis que es más difícil abrazar una rival, que hacer una buena obra.*

A. DE PONT MARTIN.

(Recuerdos de un melómano.)

EL MAYOR PLACER.

Estaba aquella noche
Magnífico el sarao,
Que alumbran mil bujías
En ricos candelabros,
Girándolas esbeltas,
Mecheros cincelados.
Las joyas y los trajes
De terciopelo y raso
Reflejan mil matices
Y mil destellos mágicos,
Y de la danza leda
El torbellino rauda
Cruzaba ante mis ojos
Cual fugitivo encanto.
Había en los semblantes
Risueños y animados,
Yo no sé qué de oculto,

Yo no se qué de amargo;
 Así, como cenizas,
 De yertos desengaños
 Que del placer la hoguera
 Encubre con trabajo.
 Y al retornar á casa
 Cabe tu lecho blando
 Dó te dejé dormido,
 Donde dormido te hallo,
 Hallé á tu cabecera
 También, con gesto manso,
 La dulce paz del alma
 Ausente del sarao.

EMILIA PARDO BAZAN.

CUADROS REALES.

MADRES Y NIÑOS.

I.

EN MARRUECOS.

Quedaban muy pocos vendedores en el *Zoco*, cuando, terminado el recuento de la misera ganancia, aparejado el borriquillo, puesto el capuz de la *chilaba* sobre la pelada cabeza, en el momento que las últimas notas de la oración de la tarde, cantada por el *Mudden* desde el minarete de la *mezquita*, se disolvían en el espacio, *Hamet* se dignó mirar á *Saila*, que, sentada en el suelo, contemplaba los inútiles esfuerzos del pequeño *Abdala* para obtener del exhausto seno de la infeliz *mora* el primer néctar de la vida.

Aquella mirada del padre y esposo no encerraba más interés que si la hubiese dedicado á la banda de grullas que diez minutos ántes, huyendo del invierno europeo, habia cruzado el estrecho de Gibraltar casi rozando con sus alas los muros de la alcazaba que domina á *Tánger*. ¿Había visto los ojos de la esposa humedecidos por las lágrimas, y la avidez, el hambre, mejor dicho, con que el niño procuraba en vano su sustento? Era probable. ¿Había reflexionado sobre ello? Seguramente que no; porque sin voz que manifestara la menor emoción despertada por aquel cuadro de miseria, por el contrario, con acento que no admitía réplica, dijo:

--Vamos.

Y aquella mujer, sin hacer objeción de ningún género, como gira la rueda del molino, una vez libre la compuerta del apresado río, se levantó, arregló el *jaique*, puso al raquítico ser de sus entrañas á horcajadas sobre su cintura, y emprendió la marcha tras su esposo, que, caballero en la bestia, se dirigía al próximo *aduar*, entre cuyas chozas se encontraba el albergue de la familia.

Las nubes que cubrían el cielo por el lado del Atlántico quebraban los últimos rayos del sol poniente, tiñéndose de encendida púrpura al llegar el matrimonio marroquí á las higueras tunas y á los aloes que formando extenso vallado rodeaban el *aduar*. El amarillo jaramago, la azulada espuela y la verde hierbecilla festoneaban el campo donde pastaban en amigable consorcio hasta una media docena de va-

cas, un hato de ovejas y unas cuantas cabras de pelo largo y sedoso y de tan pequeña alzada como abundante ubre.

Los perros ladraban con estrépito, sin que el látigo fuera causa á contenerles cuando alguien se aproximaba, y un grupo de muchachuelos en traje tan primitivo como lo permitía la sin igual blandura del clima, aumentaba el ruido con agudos chillidos, retoyando ante las puertas de las chozas de adobes y palmera que constituían las viviendas.

Ya en la suya aquella infeliz familia, desaparejado el borriquillo y trabadas sus manos por el marido, sentados sobre una desgastada esterilla, dió principio *Hamet* á la frugal colación, compuesta de leche ágría y harina de cebada, que contenía una pobre escudilla de barro; dejó en ella la mitad y la puso al lado de la mujer, que, absorta ante la inverosímil delgadez de su hijo, no hacia mérito á lo que á su alrededor pasaba.

--¿No comes?—la dice *Hamet*.

Saila le mira sorprendida. ¡Há tanto tiempo que su señor no la demostraba aquel interés!

--No tengo hambre—contestó *Saila*, comprimiendo sus sollozos—mi *Abdala* se muere.

El moro contempló al niño, indudablemente afectado; le miró nuevamente después de un momento de lucha interior; pero calló: ni sus costumbres, ni su religion, ni el desprecio de la vida, que todo musulmán, según creen los moros ignorantes, debe tener, le permitían exclamar nada. Después de besar los ojos casi cadavéricos del niño, se retiró á uno de los estremos de la estancia, se arrodilló, hizo sus oraciones con más fervor que nunca; más que ningún día sus ojos buscaron el oriente; con un fanatismo superior al de otras noches, sus labios se fijaron en la fría tierra; pero como si todo aquello fuera lo único que pudiera hacer para salvar al enfermito, apenas terminó, dirigióse al único lecho que habia en la choza, interin que *Saila* se acomodaba á poca distancia en un estrecho y delgado colchoncillo, sin otro abrigo que una manta de algodón de color indefinible, y de inaudita transparencia.

Aquella noche nadie cuidó de apagar la vela de sebo que ardía sobre un receptáculo de barro colocada en el centro del aposento que alumbraba á medias, como si aquella luz, más que á espantar las tinieblas, fuera destinada á hacer más espantosas las que sombreaban las paredes del hogar. La larga espingarda del moro habia aumentado su sombra, de manera que asemejaba á descomunal serpiente, cuyas fauces, formadas por la proyección de la culata, abarcaban medio lienzo de la pared. La *chilaba* de *Hamet* y el *jaique* de *Saila*, cuya blancura reflejaba mejor los rayos luminosos, parecían fantasmas que se destacaban de los negros muros, y un pedazo de espejo cuya luna cubierta de polvo atestiguaba las perdidas ilusiones de su dueña, rechazaba, á pesar de aquel velo, un haz luminoso sobre el tálamo... no, sobre el lecho donde descansaba, al parecer, el amo, el señor absoluto de toda aquella pobreza.

En vano *Saila* hubiese llamado al sueño; sin conocimientos científicos, pero con esa intuición propia de las madres, comprendía que su hijo espiraba.

¿Qué enfermedad le arrancaba de sus amantes brazos? Ella no la podría nombrar pero recordaba su vida y adivinaba. Muy joven, casi niña, se vió separa-

da de sus padres y vendida á un hombre que apenas, libadas las primeras florecillas de himeneo, la consideró como una bestia de carga. Se acordaba que desde entonces las más rudas faenas no la eran desconocidas, que la aurora la encontraba limpiando el establo, ordeñando el ganado y preparando el desayuno; que poco despues salia al campo, en cuyos cuidados solo la ayudaba su esposo en momentos de apuro; que además de atender al hogar, hilaba, tegia, cosía y lavaba las ropas; que todo su alimento habia consistido en arroz, alcuzcuz, harina de cebada y leche agria, y que su régimen de vida habia sido el mismo cuando en su seno habia sentido, para desdicha de ambos, agitarse un sér. Otras más fuertes, quizás, podian resistir estas penalidades, durmiendo en suelo humedo, frio, mal sano; pero ella...

Han pasado algunas horas; la vela de sebo se ha consumido por completo, haciendo irrespirable la atmósfera, para quien de tiempo no estuviera á ella acostumbrado; el humedo ambiente de la madrugada penetra al par que una debil claridad por el mal unido cerco de la ventana. Saila, que absorbe en sus tristes pensamientos, no durmió, ya que no puede dar á su hijo su sangre para alimentarle, ha querido prestarle todo su calor; está atontada; por su cerebro, medio iluminado como el albergue, cruzan mil ideas confusas; el niño, piensa, se salvará; pero se enfria cada vez más á pesar de estar junto á su pecho y cubierto por la manta doblada y redoblada tantas veces como su estension lo ha permitido.

—Hace mucho frio—se dice—por eso.... pero al fin duerme.

La claridad va haciéndose mayor en la choza y en el cerebro de la infeliz; mira al niño y la parece que su sueño no es el de otros dias; le llama primero, bajo, muy bajo, como si temiera despertarle.... luego eleva la voz sin temer incomodar á su señor.... el niño no hace movimiento alguno; le levanta los párpados y los ojos quedan abiertos sin expresion alguna, no quiere creer lo que vé, piensa que una pesadilla horrible la atormenta, se palpa, toca despues las manos del infante que dos minutos quedaron al aire y las encuentra más frias que nunca, se levanta frenética, se dirige á la ventana que abre de un golpe, levanta la cabeza de la criatura á la altura de sus labios, le besa ¡horror! está helado... le mueve, le agita, le llama á voces.... El primer rayo del sol que penetra en la choza cae sobre una frentecita pálida como la cera... sus manos solo sostienen un cadáver, exhala un grito salvaje y cae desmayada al mismo tiempo que su esposo, testigo mudo de esta rápida escena, inclina la cabeza sobre el pecho, cruza sus brazos y exclama:

—¡MEKTUB-ALLÁ!—(1).

FELIPE OVILO.

BENEFICENCIA.

LA INFANCIA DESVALIDA EN MADRID.

Existen multitud de centros benéficos en la capital de España, y lo que es más hermoso, hay en

(1) Estaba escrito.

todas las clases sociales sentimientos delicados de Caridad.

Nuestro carácter y nuestras tradiciones, amante el uno, humanitarias las otras, dan lugar á generosos actos. Sin embargo, las veleidades de la moda unidas á una vivacidad propia de nuestro temperamento, son causa de que ó los impulsos más espontáneos tengan una reaccion de dudas y pesimismo, ó las obras queden iniciadas sin la debida terminacion.

Esto tiene tristes consecuencias que redundan directamente en perjuicio de los pobres. La Beneficencia se apoya en dos bases indispensables para su sostenimiento y desarrollo. Una de ellas, dá vida á la institucion rodeándola de purísimo y santo amor, es la que impele á obrar bien por el bien mismo, la que se olvida de todo para pensar en todos, la que eleva más allá de la tierra al hombre y le convierte en la mayor dignidad: en *Padre de los descalidos*.

La otra tiene sus raíces en las propias entrañas de la sociedad, es el mecanismo, lo que nutre, lo que convierte una idea vaga en una venturosa realidad, lo que contribuye á que un sentimiento, sea *sentido*, produzca efecto útil y por de contado reproduzca eternamente benditas y caritativas fundaciones.

Ambas se completan de tal suerte que aisladas no pueden subsistir á ménos de ser estéril é imperfectamente. Jamás muere la generosa idea que funda un asilo, pero éste puede sufrir tales trastornos que esterilice en vez de fecundar por descuidos ó ignorancia. Deber es de todos examinar atentamente la organizacion y la vida de tales instituciones, y mantener viva la idea que inspiró su fundacion.

En este sentido, nos hemos de ocupar, primeramente en qué situacion se halla la infancia desvalida en Madrid, estudiar sus miserias y sus necesidades, los centros donde se la ampara y educa, contribuyendo de este modo en una modestísima esfera á protegerla todo lo posible.

NOCHE-BUENA

ELEGIA (*).

¡Noche-Buena! ¡Noche-Buena!
Tú de los pasados tiempos
Eres eco doloroso,
Eres lúgubre recuerdo!
Mas ¿qué es lo que me sucede?
¿Es ilusion del deseo?
¡Si oigo su voz! ¡Si mis ojos
Como entonces la están viendo!
Al compás de villancicos
Y rústicos instrumentos,
Mientras la nieve por fuera
Va cayendo, va cayendo:
Ante un *Belen* adornado
De flores y cespéd fresco,

(*) Publicamos en prenda de íntimo dolor esta poesia de nuestro inolvidable amigo el egregio poeta Ruiz Aguilera, uno de los que con más entusiasmo acogieron la idea de publicar este periódico, el cantor de las madres, el padre amantísimo cuya pérdida llora la patria literatura, cuyo dulce recuerdo animará siempre á los amantes de la infancia á protegerla incesantemente.

Danza con sus compañeras
 Aquel serafín del cielo!
 Caminan los reyes magos
 Al paso de los camellos,
 Montaña abajo caminan,
 Van una estrella siguiendo.
 La sonrisa del Dios-Niño
 Funda el pesebre estrecho,
 De resplandores de gloria
 Y celestiales acentos.
 La Virgen besa su frente;
 Y donde toca su beso
 Nace una estrella que brilla
 Más que las del firmamento.
 Levanta la débil mula
 Su cabeza para verlo
 Y los claros ojos vivos
 De gozo saltan inquietos.
 El manso buey muge echado:
 Pero es con mugido tierno,
 Como el de vaca amorosa
 Cuando llama á los becerros
 Ya por sierras, ya por valles,
 Y le responden mil ecos.
 Su aguda voz alza el gallo:
 Por esteriles desiertos
 Salta la cabra; y se escuchan
 El fiel ladrido del perro,
 La esquila de los rebaños,
 Y el balar de los corderos.
 En las nubes se oyen ángeles
 Y en tierras, mares y cielos.
 Nadie duerme, todo canta,
 Campos, olas y luceros.

¡Ay de mí, estaba soñando!
 ¡Ay de mí, que ahora despierto
 Y la soledad me acaba,
 Y de tristeza me muero!
 Noche-mala es esta noche:
 Olvidado el *Nacimiento*
 En ese rincón oscuro
 Imágen es del silencio.
 Toscas figuras de barro
 Inmóviles en el veo
 Que me causan mortal frío,
 Con el frío de su aspecto.
 No danzan niñas; el césped
 Y las flores están secos,
 Y las luces apagadas,
 Y no suenan instrumentos.
 Nadie pasa por la calle;
 Las estrellas se escondieron.
 Y el viento zumba y desgarrar
 Los nubarrones siniestros.
 Esta noche en los caminos
 Se perderá el viajero,
 Y no habrá luz que le guíe
 Ni dormirá bajo techo.
 Crueles serán con los pobres
 En los palacios soberbios,
 Las cabañas serán sordas
 A sus ayes lastimeros.
 Hozarán lobos traidores
 En los palpitantes miembros
 De la oveja descarriada
 Por hondos despeñaderos,
 ¡Ay, si! Que á la mesa mía,
 Más alegre, en otros tiempos,
 Que los ruidosos festines
 De los alcázares régios,
 Ya no se sienta mi Elisa;
 Ya no se sienta el abuelo...
 Tornándose han á su patria...
 ¡Yo sufro en este destierro!
 ¡Venid, adoradas sombras!
 ¡Venid á ocupar los puestos
 Que hay en mi mesa vacíos!
 ¡Con cuánto afán os espero!
 ¡Pasó mi sueño engañoso;
 (¡Ay de mí!) y ahora despierto,

Y la soledad me acaba
 Y de tristeza me muero!
 VENTURA RUIZ AGUILERA.

VELASCO.

RECUERDOS (1).

Un sol primavera, brillante, hacia más azul y
 diáfano el cielo, doraba las verdosas copas de los
 árboles é iluminaba teatralmente el pórtico pom-
 peyano del Museo Antropológico.

A los piés de la suave escalinata, el pueblo,
 ese eterno desconocido, inquieto y apasionado, que
 sabe sentir tan bien y olvida tan pronto, contem-
 plaba atónito aquel espléndido edificio, vago re-
 medo de ese otro donde él manda sus representa-
 tes. Pero en lugar de fieros leones hallaba severas
 estatuas, fieles imágenes de dos príncipes de
 la ciencia. En el frontis, en vez de muchas y
 simbólicas figuras, una mitológica cariátide de-
 mostrando la unidad de la ciencia, y como repitiendo
 el sábio precepto grabado en indelebles
 caracteres: *Conócete á ti mismo*. A los lados, dos
 esfinges en hostil ademán detenían á quien pre-
 tendiera entrar de soslayo y torpemente en el tem-
 plo de la verdad, el cual abría de par en par sus
 puertas, con solemnidad semejante á la que inaugu-
 ra las tareas del Parlamento, como indicando que
 si en aquél se daban leyes fundamentales, aunque
 transitorias para el gobierno de los pueblos, en
 éste se descubrían las eternas é inquebrantables
 que rigen el humano destino.

Bajo el pórtico y en las gradas, agitándose con
 infantil impaciencia, la juventud, flor siempre
 fresca de nuestras escuelas, cuyos miembros aman
 todo lo grande, sienten pasión por todo lo gene-
 roso, y entonces, bañados en luz, llenos de albo-
 rozo, rebosantes de vida, recibían esos hermosos
 séres que nos hacen amarla.

Aquí y allá personajes, celebridades, graves
 maestros, ilustres médicos que rodeaban un hom-
 bre, anciano por sus canas y por sus años, jóven
 por el vigor de su espíritu, lo constante de sus pro-
 pósitos y la hermosa candidez de sus ilusiones. Ha-
 bía apurado todas las amarguras de la existencia,
 sufrido todos los dolores, ignorado todos los pla-
 ceros.... pero satisfacía una imperiosa necesidad
 de su vocación y alcanzaba un glorioso triunfo.

Semejante al bibliófilo que empieza por revol-
 ver en informes montones, libro de todo género,
 los estudia, compulsa, registra y ordena, avaro y
 cuidadoso reune una vasta biblioteca, que exige
 primero estantes, y luego catálogo y más tarde
 edificio.... y al fin, la vida toda del sábio investi-
 gador, así él, sin más compañero en sus largas
 horas de estudio, que el cadáver, libro humano,
 cuyas ediciones son tanto más variadas cuanto
 más innumerables, y entregándose á la disección,
 ese cruento hojear-de las páginas del organismo.

(1) Publicamos este artículo leído en la Velada en honor de
 dicho Maestro el día 21 de Noviembre de 1882, como débil tes-
 timonio de afecto al amigo y homenaje de simpatía al padre
 amoroso.

fué poco á poco, anotando particularidades, copian-do bellezas, recogiendo hechos y reuniendo en torno del *Hombre* cuantos restos se relacionaran más ó menos directamente con él, hasta concluir por erigirle un palacio y consagrarle vida y fortuna!

Y si en aquel momento, rodeado de satisfacciones y elogios, con su idea convertida en hecho plástico, esperando que el Jefe del Estado, en nombre de la Nación, apadrinara tan grandiosa obra, sintió palpitante el éxito donde quiera que mirase, en los confines del horizonte donde rielaba un polvillo dorado y luminoso; en las frentes de los escolares que le aclamaron siempre; en el pueblo madrileño, que ahogado por la admiración, le veneraba tanto como le quiso; en los mismos repliegues de nuestra adorada bandera, que ondulando blandamente á impulsos del viento, parecía proclamar que tan valiente empresa era española; en los músicos acentos que surgían del Museo como saludando fraternalmente el primaveral despertar del año, si en tan supremo instante vislumbró la posteridad y la saludó con una emoción hasta entonces desconocida, fué merecido premio á su incansable labor, lógica consecuencia de sus pertinaces trabajos, pues no en balde las meditaciones sobre la muerte, evocan la idea de inmortalidad!

A los pocos días le hallé con la imperturbable seriedad de costumbre, removiendo papeles al compás de mil y un proyectos que hervían en su mente: el centro de enseñanza que nacería al calor del Museo, programas de cursos libres, adquisiciones para completar una colección determinada, campañas periodísticas.... una infinidad de cosas útiles y provechosas!

Distraídamente revolvía un armario que por su sencillez contrastaba con los restantes de su despacho y que parecía estar como arrinconado, ocupando, sin embargo, un lugar preferente. Sentado delante de él, en una silla baja, seguía ordenando legajos y hablándome.

Volvía de vez en cuando la cabeza para mirarme, arqueando las cejas y contrayendo los labios con la amarga expresión con que solía finalizar toda frase en que deshojaba alguna ilusión marchita, cuando sus dedos tropezaron con un librito que retuvo en las manos con fervoroso afán, y conociendo que yo atendía más á sus movimientos que á sus palabras, exclamó entre contrariado y pesoso:—*¡El libro de misa de la niña!*—Y como dejándose llevar por sus recuerdos, á la manera de aquel amante que vé descubierta su secreta pasión y prefiere confesar todo, á tener que temblar ocultando algo, cortó bruscamente el hilo de la conversación y con nervioso ademán me fué mostrando en desordenado conjunto infinitas pequeñeces, de esas que si son respetables en poder de una madre amorosa, afligida é inconsolable, en poder de un padre como aquel estaban santificadas por un supremo y callado dolor.

Mientras detallaba todo, sin acento declamatorio, sin profusión de explicaciones, casi entredientes, y reconstruía de este modo, en un instante,

una serie de dulces y felices horas le miré atentamente. Su rostro seguía impasible.

Desnuda la bien proporcionada cabeza, de frente ancha y huesosa, serena la mirada de los ojos negros cercados de hondas y repetidas ojeras y adornados de negrísimas y bien dibujadas cejas; encendido el color moreno de las mejillas y contraídos los labios finos y salientes que tenían en casi constante movimiento la boca y la barba; afeitada esta cuidadosamente, pero encuadrando todo el rostro lleno y robusto un cerco de pelo blanquísimo, rapado como el de la cabeza, parecía uno de aquellos atléticos hombres de la antigua Esparta, inquebrantables ante el sufrimiento, que afrontaban la muerte con estoico valor.

Yo sabía que aquellas manos, grandes y vellosas que acariciaban temblando, con verdadero mimo, sublimes pequeñeces, no se habían estremecido al embalsamar el cadáver de la *niña* que constituyó *el amor de sus amores*, con la que deliró, cuya memoria vivirá tanto como la del autor de sus días, cuyo vivo recuerdo alegraba con vibrante nota el alma del pobre padre y cuya imagen en mármol allí presente, parecía eternamente contemplarle é infundirle nuevas y eternas esperanzas.

El palacio de Zarauz fué construido para ella y trajo al Museo sus restos quizá con el fin de tener siempre juntas sus dos pasiones.

Lentamente sintió el calofrío del desengaño en el corazón quien no sintió jamás frío al lado de la muerte. Viéndola próxima, corrió á la orilla del mar, creyendo que sus brisas apagarán el inextinguible ardor que le devoraba.

Allí le hallé este verano, cansado de luchar, pero no vencido, sufriendo la asfixia pero no el desaliento, defendiendo la vida sin pavor, hablando del mundo sin rencores, olvidado de casi todos, pero sin olvidar á nadie y esponiendo sus padecimientos á los médicos con la sencillez del incorregible maestro que presenta un nuevo elemento de estudio.

Con heroica resignación y disimulando sus quebrantos, acudía aún lleno de celo, pero vacilante, á la cabecera de los enfermos, y cuando el espíritu espoleaba el ánimo y acallaba el dolor, hablaba de nuevos proyectos, nuevas empresas, nuevos ideales.

—*«Ved, nos decía mostrando la bahía de Guetaria, he aquí un puerto de refugio para la fatal costa cantábrica, que la providencia nos ha concedido. ¡Qué de vidas podrán salvarse el día que se halle bien acondicionado!»*

Sobre este particular había escrito una memoria extensa... y es que Velasco pensando en la humanidad se olvidaba de sí mismo.

Al volver á la quinta nos mostraba los árboles plantados por él, los mazizos trazados por su mano, su ingenio desparramado por todas partes, desde los regueros que arterializaban la huerta, hasta los hermosos leones de Canova que adornaban el pórtico de la casa, y al entrar en esta, sentíase el doloroso respeto que inspira un nido vacío é intacto.

Allí, donde quiera se posaran los ojos, veíase cuanto puede recordar un ser querido en profusa proligidad, todo hablaba de la niña y como si esto no fuera bastante, en el peristilo, en el salón, en el dormitorio, en el despacho... la misma imagen de aquella simpática jovencita de finas facciones, con su peinado antiguo, su sencillo traje pasado de moda, y su esbelta delgadez de virgen delineada por los negros trozos de la fotografía, vivificada por la pintura ó petrificada en mármol, y respondiendo á nuestras tristes miradas con inefable y misteriosa sonrisa.

Algunos días despues, regresaba Velasco precipitadamente á Madrid y caía en el lecho, presa de una lenta y angustiosísima agonía.

Quiso descansar para siempre en aquel mismo museo, junto á su hija querida, rodeado de ilusiones, amortiguadas por el padecer, pero que revivían en cuanto dejaba de sentir el acicate de la cruel lesion que le oprimía y desgarraba el pecho.

Hace hoy un mes, que incorporándose en el lecho, entornados y sin luz los ojos, torpe la lengua, debilitado el resplandor mental, hacia ináuditos esfuerzos para decirme con balbuciente voz estas memorables palabras:

—*Hágame el favor de redactar un artículo en que diga que me he agravado mucho y que antes de morir me despido de mis queridos amigos, agradeciéndoles sus pruebas de afecto...*

Era la misma hora de la tarde, en que hacía algunos años, en pleno Abril, una multitud entusiasta rodeaba el museo, hoy cerrado y silencioso. Entonces la vida apuntaba en los árboles llenos de savia... ahora el Otoño sacudía las amarillas hojas de las escuetas ramas. El sol ántes tan vigoroso, solo prestaba tintes cobrizos al escueto paisaje. El horizonte estaba cubierto de nubes y un frío sutil anunciaba el invierno que cada noche se acercaba un poco más de nosotros.

¿Pensaría Velasco en tamaño contraste? ¿Quién sabe!...

Entonces, como ahora, á despecho de las frialdades del tiempo y de los hombres, recordaba á los demás, les dedicaba un postrimer saludo... y cuando las primeras agitaciones del crepúsculo tiñeron de amarillez el firmamento, aquel hombre ilustre, respetado por todos, discutido por algunos y considerado por no pocos como un niño gigante, inquieto, optimista, bondadoso y desgraciado, se alejaba del mundo con la tranquilidad del justo, lanzando un hondo y prolongado suspiro!

M. DE TOLOSA LATOUR.

21 Noviembre 1882.

ECOS INFANTILES.

Un hermoso niño, de seis años, se quejaba de un dolor de muelas espantoso. Llévanle á casa del dentista, y éste decreta la extracción del pícaro hueso.

Para llevar á cabo esta sentencia, de acuerdo con la mamá, y en vista de la resistencia del hijo,

el profesor le ofrece una hermosa peseta nuevecita. El pequeño la coge, y verdaderamente á regañadientes se deja sacar la muela, no sin gritar de lo lindo.

Algunos meses despues, la madre, viuda y pobre, se hallaba en la precision de pagar la casa, hacer ropa al niño, y llora amargamente al ver llegar el invierno falta de recursos.

El niño, inteligente y amante de su madre, se acerca á ella y la dice:

—Oye, mamita, si necesitas cuartos, me sacaré otra muela, ¿quieres?

El reverso:

Otro niño mal criado llora desesperadamente aquejado de idéntico mal.

—No llores, le dice su tío, señor amadado y ya viejo, los hombres no lloran cuando les duelen las muelas.

—Porque se quitarán los dientes como tú; replica el chico aludiendo á la dentadura postiza del ex-pisaverde.

PENSAMIENTOS Y FRASES.

Amando á los niños, se ama uno á sí mismo.

(LA CHAUNÚ.)

La madre debe criar el alma y el cuerpo del niño.

(PERRIN)

Los niños mimados son en el fondo y en verdad, como los animales domesticados que no son sensibles más que á los medios con que se les domestica.

(DUPANLOUP.)

Niño mimado, niño ingrato.

(LA BONISSE)

Dios crió en nuestra miserias los besos de los niños para las lágrimas de las madres.

(LEGOUVÉ.)

En tesis general, la madre hace bien al enseñar de antemano á sus hijos lo que no pueden dejar de saber por los demás.

(SRA. DE REMUSAT.)

No hay alegría en el hogar sin la mujer, no hay poesía sin el niño.

(**)

DICHOS Y HECHOS.

La Redaccion de esta REVISTA saluda cariñosamente á todos sus colegas, agradeciendo en el alma las benévolas frases que la han dedicado algunos compañeros aun antes de aparecer al público LA MADRE Y EL NIÑO. Envía al propio tiempo á cuantas publicaciones se interesan por la infancia, el testimonio de su afectuosa simpatía.

Los periodistas malagueños parece que piensan crear un asilo de niños abandonados á la caridad pública, á cuyo fin trabajan activamente para allegar recursos, y de realizar cuanto antes tan hermosa idea, que ojalá sea un hecho pronto.

En París ha fallecido hace pocos meses uno de los médicos más entusiastas protectores de la infancia: el Dr. BROCHARD. Era conocido y estimado en nuestro país por sus obras de popularización, que han merecido brillante acogida del público.

LA MADRE Y EL NIÑO tienen el deber de dedicar este débil recuerdo al infatigable y galano escritor que tanto hizo por ellos. Nosotros sentimos verdaderamente pesar al hallar uno menos para la penosa propaganda.